

LA ESFERA
 LOS RUIDOSOS TAMBORES



Delicias conyugales en la mañana de Pascuas



Vuelta de la Plaza Mayor

ESTE momento reacciona contra el frío y la hostilidad de las fechas, gracias al ruido. Parece que el ruido es un carbón de piedra ardiente y reconfortante. La refracción del ruido calma en todos la desesperada friolencia de la fecha. Hasta en la calle misma, cuanto más ruido hay es más blando el tiempo.

Se podrían establecer hornillas de ruido para reanimación de los que no tienen hogar.

Habría que hacer una pregunta concreta a los hombres que pelearon en la Gran Guerra: «¿Qué tal resultaba Diciembre entre el ruido del cañón y las bombas?»

El permiso del ruido llega con esta fecha. Está establecido ese derecho en un artículo de la Constitución de los niños, una Constitución que es mucho más difícil de violar que la otra.

No hay queja que pueda rebajar el ruido con que el niño amuebla al grande y anega en tamborileo toda amonestación.

Los porteros ya no pueden subir a los pisos para hacer presentes las querellas, generalmente infundadas y rabiosas, de la vecindad, cuando en algún piso, y en otras fechas del año, se excede un poco el ruido de la felicidad familiar.

Ese recadito de que «los de abajo se quejan», que sume en tan bilioso silencio al amonestado, no tiene eficacia con los ruidos de estos días. Los ruidos de estos días vengan a todos los hombres

que se producen francamente de la modosidad hipocondríaca de los discretos.

—¡Más, niños!... ¡Removed el mundo!... ¡Rasgad todas las telarañas de silencio que abrumen las vidas privadas!

Las ideas ya estaban demasiado inmóviles; los días despertaban en la mañana con los ojos hinchados y entornados. Los tambores de los niños han conmovido la vida de silencioso despertar y un poco se ha entreabierto toda ella de calidades más profundas a sospechas más hondas.

Es cosa de niños españoles, de niños con pocos aguinaldos y con poco que zampar este afán immoderado por el ruido. Tiene su batahola algo de revolucionario, de motinesco, de revancha frenética.

Esos niños que no suelen ser muy bien tratados por sus padres y que sufren sus injusticias y sus austeridades, á veces un poco vesánicas, se resarcen aprovechando el permiso de las Navidades, su descerrajada libertad para el ruido.

Da un gran estirón la personalidad del niño en estos días y se repone de los castigos que le han hecho estar callado y en un rincón horas y horas.

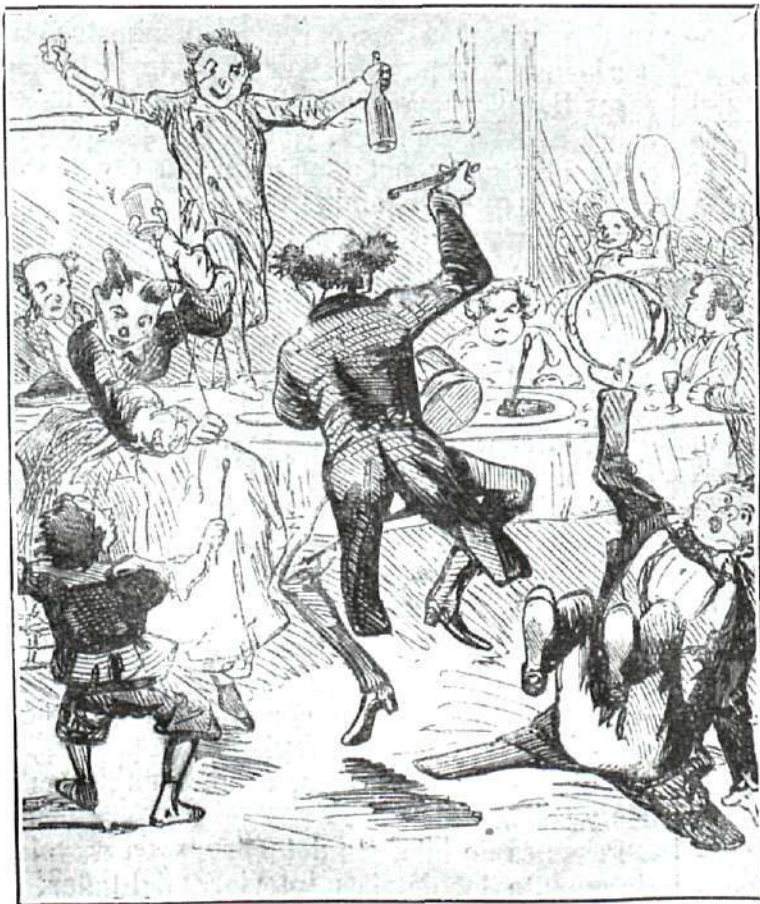
El ideal de los niños es un tambor como aquellos en los que se sentaba el tambor mayor como ahora los *barmans* en las altas sillas de los bares americanos. De todos modos, los tambores de los niños evocan á los más serios tambores, pues tienen toda la visualidad de un tambor napoleónico,

sus cuerdas cruzadas para darle el temple que cada momento requiera, su revestimiento de una hoja de lata triste y enternecedora que les hace muy agradable poniendo en ellos la nostalgia mayor, la nostalgia que los tambores tienen de los ocaos trágicos, de los rayos verdes que el horizonte lanza sobre los campos de batalla al atardecer. Después de haber meditado mucho sobre esos latones de una doradez verdosa de los tambores infantiles he encontrado esa sugestiva visión de la nostalgia interior del tambor.

En su afán de tambor, el niño no calcula cuál es el de su medida, y á veces se ve que el niño va derrengado por el peso de un tambor, un tambor inmenso, que parece el de su papá, que le viene grande al niño, el verdadero tambor del hijo del tamborilero. Y después, ¿para qué esta gloriosa vida de los tambores? La inconstancia infantil es tremenda, y todos los tambores acaban rotos, perdida el alma, primero muy afónicos, con esa afonía desesperada del parche roto; después rebañados por completo como cubas destapadas y desfondadas, cuya armazón vacía é inservible rueda velozmente por los caminos del mundo buscando los estercoleros desengañados.

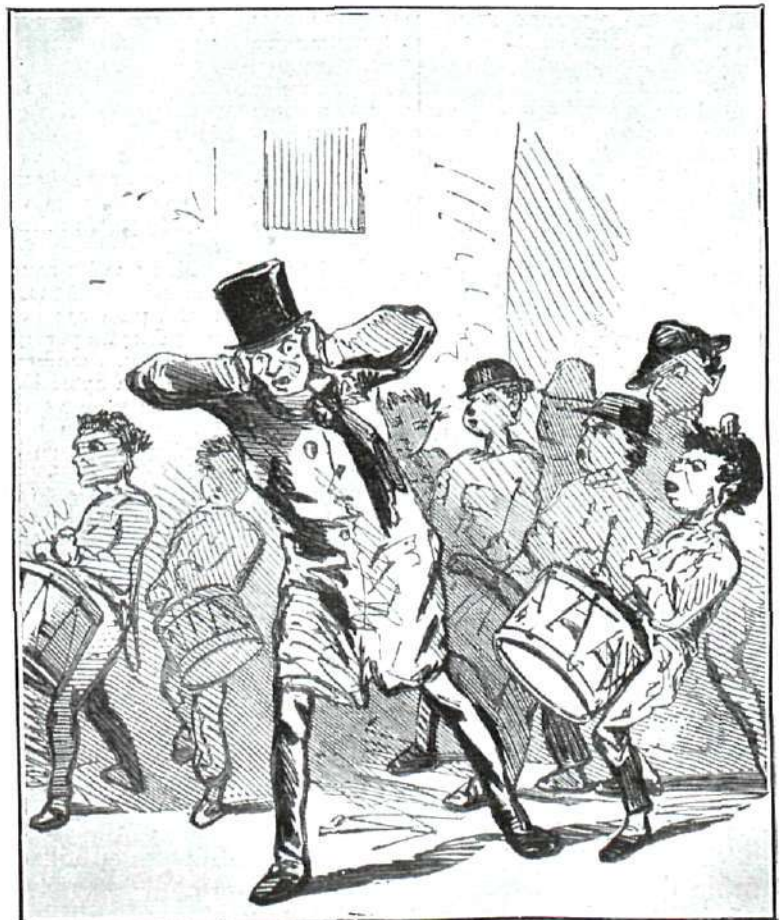
¡Anchos aros descabalados, en cuyo latón precioso luce el infortunio, la catástrofe de la inconstancia!

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



—Señores: ni esto es noche ni esto es cena...

(Caricaturas de Osteg, publicadas en «La Ilustración Española» hace cincuenta años)



—¡Quisiera en este instante ser Attila...